XXXI.

A los jueces y jurados.

Dios solo tiene las llaves de la vida y de la muerte, y las da á quien quiere; y cuando las da no es jamás para la ventaja de aquellos en cuyas manos las pone, sino para gloria del mismo Dios y para el bien de la sociedad.

La muerte entró en el mundo por el pecado, y todavia el pecado es la que la hace entrar todos los dias en las leyes de los pueblos.

Y por esto es porque en cada nacion hay soldados y jueces, á fin de castigar con la guerra á los estrangeros que violan su territorio, y con la muerte ú otros castigos á los ciudadanos que violan las leyes.

Si una nacion no tuviese el derecho de hacer morir al culpable que no puede corregir, menos derecho tendria todavia para repeler con las armas los ataques ó las incursiones de sus enemigos.

Y tanto en uno como en otro caso, este derecho es el derecho de legítima defensa; y Dios no ha concedido á nadie el derecho de atacar y de invocar el primero la fuerza.

Por una estraña ceguedad, muchos niegan á la sociedad el derecho de castigar al culpable con pena de muerte; y al mismo tiempo la proclaman grande y gloriosa, cuando por aumentar ó conservar su territorio, lleva con ella la desolacion y la muerte por todas partes.

Mas de cualquiera modo que el hombre egerza el derecho de muerte de que Dios le ha revestido, este derecho es un misterio profundo; el hombre no puede penetrar los abismos de la muerte, sin que su corazon y su razon no se llenen de la mas grande y mas terrible consternacion.

No hay que admirarse de que aquellos que no creen ni en el pecado ni en la redencion, no crean en el derecho de castigar al culpable; porque el pecado solo esplica la muerte, y sola la redencion es la que esplica la espiacion del pecado por la sangre.

Cuando los pueblos son bárbaros, no conocen claramente lo que es justicia; ellos no castigan, pero se vengan; y la crueldad mancha siempre el castigo, porque ellos no comprenden la espiacion.

La justicia humana debe ser la imágen de la de Dios; ella no debe castigar sino con sentimiento, y no entregar al verdugo sino á aquellos, que entregados ó dejados á sí mismos, no encontrarian en su alma sino inclinaciones al vicio, y la necesidad de cometer nuevos crímenes.

Pero ¡ay! aunque la luz de Cristo ilumina al mundo hace ya diez y ocho siglos, la sociedad se venga siempre en el culpable que castiga; y el pensamiento de la redencion está muy lejos de los castigos que impone.

Su crueldad, por haber mudado de forma y de obgeto, no es menos irritante para los espectadores, ni menos horrible para los atormentados.

Ella no quiere el cuerpo del culpable á quien castiga, cuyos escesos han acortado la duracion, y á quien la muerte va á disolver bien pronto; pero se enfurece contra su alma inmortal, y pone en su conciencia un gusano roedor que la devora sin cesar.

Por castigar al hombre de su crímen, ella le consagra y le ofrece al crímen; por castigarle de haberlo cometido libremente, le impone la necesidad de cometer otros nuevos en lo futuro: el endurecimiento y la desesperacion vienen á ser el castigo de una falta pasagera, y el desgraciado culpable pierde á la vez la esperanza y los medios de espiar su crímen por el arrepentimiento, y de satisfacer á la justicia de Dios y á la de los hombres.

No entreis en el lugar donde el hombre envia los culpables que condena, no sea que vuestro corazon tome de aqui ódio contra la justicia humana, y se irrite contra la sociedad.

Allí jamás sale un pensamiento de esperanza del corazon del culpable; jamás se eleva hácia el cielo una mirada de confianza; jamás se oye una súplica para hallar el corazon de Dios, y hablar de su misericordia.

Allí habitan la venganza, el ódio, el crímen y la desesperacion; allí está el foco de todos los vicios, la escuela de todos los crímenes, y el aprendizage de todas las maldades.

Allí, el niño á quien han corrompido antes de lo regular los malos ejemplos, es confundido con el hombre que ha envejecido en el crimen, y entregado al aliento contagioso de su alma, para que aprenda todos los secretos del infierno y lleve al mundo (cumplido el tiempo de su codena) la esperiencia, el hábito y la necesidad del crimen, el disgusto, el odio, y el desprecio del bien.

Allí no hay justicia ni discernimiento. La debilidad y la perversidad, lo que proviene de pura pasion y el endurecimiento del corazon, el olvido de un momento y el hábito del vicio son castigados con las mismas penas. Allí se trata al hombre como sino tuviese mas que miembros. Allí no se ven sino las acciones de sus manos, sin tener cuenta con la voluntad que las dirige.

Allí, la vista es manchada con imágenes deshonestas, horribles deseos deshonran el corazon, y pasiones horrorosas afean y abisman el cuerpo.

Este mal ha venido á ser tan grande, que el culpable que todavia tiene algunos remordimientos en su corazon, prefiere la muerte que puede espiar su crimen á la prision que debe agrabarla.

De allí es de donde cada año salen, como de un infierno, una generacion de demonios, cuyo corazon y pensamiento viven del crimen, cuyas manos aman la sangre, y cuya presencia espanta nuestras poblaciones, y quita á todos la seguridad.

La muerte del culpable no sería jamás necesaria, si la pena que imponemos á su crimen fuese para el una espiacion y un remedio; pero con la barbarie de nuestras instituciones, la muerte es frecuentemente un beneficio para el culpable; porque quitándole la vida, á lo menos queda libre del crimen y de la necesidad de cometerle.

Nuestro sistema penitenciario es bárbaro, porque no comprendemos lo que es penitencia, y porque no tenemos amor al culpable: nada hay, como no sea la inteligencia de la redencion, que pueda esplicarnos que es penitencia; y nada hay, como no sea el amor del justo que murió en la cruz por el culpable, que pueda esplicarnos el amor al culpable.

Poned el nombre de Cristo á la cabeza de vuestros códigos, y vuestras leyes se dulcificarán: ligad á la cruz al criminal á quien vos teneis cautivo, y su cautiverio espiará su crimen: haced que el culpable pueda reposar bajo su sombra, y la esperanza entrará en su corazon.

Si la ley pone en vuestras manos la suerte del acusado, dandoos el derecho de pronunciar su sentencia, aceptad este derecho como un deber, y no permitais que se os quite ó disminuya; porque los derechos cuyo ejercicio es un deber trabajoso, ensalzan la dignidad del hombre sin lisongear su orgullo.

Haced que el nombre que espresa la funcion que se os atribuye, os recuerde el carácter augusto y sagrado del derecho que ejerceis, y del deber que cumplis: acordaos que sois jurados, esto es, ligados á la verdad por un juramento solemne.

La estimacion de un hecho va á ser sometido á vuestro juicio y á vuestra conciencia: ademas un hecho no sale sino de la verdad: el tal hecho es, ó no es; y una sola palabra espresa, lo que vosotros pensais.

Y esta palabra debe ser en vosotros la espresion de una certeza, y esta certeza tiene su base en vuestra conciencia: ella es moral; porque vosotros no sois testigos, sino jueces del hecho que vais á apreciar.

Pensad bien esta palabra antes de pronunciarla; porque la vida ó la muerte de un hombre está pendiente de vuestros lábios; y vosotros teneis en vuestras manos el reposo, el honor, la reputacion, y el porvenir de toda una familia.

Aquel que por pereza ó indiferencia descuida los deberes de jurado, es un mal ciudadano; no es amado de Dios, porque no se interesa por el culpado; no merece la estimacion de sus conciudadanos, porque arroja lejos de sí los deberes que le son pesados.

El jurado que no mira mas que á si mismo, será demasiado severo; el que no mira mas que al acusado, será demasiado indulgente; pero el que mira á Dios, á Jesucristo, á su conciencia y á su patria, este juzgará con sabiduria y equidad.

¿Por qué pues, ¡ó pueblos de la tierra! habeis querido arrancar de vuestros tribunales la señal de la cruz y la imágen de Cristo? Esta señal y esta imágen hacen del tribunal un templo, y de la justicia una religion.

El tribunal donde esta señal no está colocada, es un lugar ordinario y profano; y la justicia que allí se administra es una justicia puramente humana, y que nada tiene de augusta y sagrada.

La cruz es la balanza de la justicia de los pueblos cristianos, de aquella justicia que no escluye la caridad, y que invoca la misericordia.

En los dos brazos de esta balanza han estado colgados, de una parte los pecados del mundo, y de otra los méritos de Cristo; y Dios levantó la balanza, y pesó los pecados del mundo y los méritos de Cristo; y los méritos de Cristo arrastraron tras sí los pecados del mundo, porque la misericordia de Dios es mas fuerte que su justicia.

No quiteis la señal que ha rescatado al mundo de el lugar donde el hombre es juzgado por el hombre: á fin de que el juicio del jurado sea misericordioso, y la justicia del juez sea misericordiosa.

No la quiteis para que la inocencia absuelta pueda fijar allí sus miradas, y dirigir una súplica de amor y de reconocimiento. No la quiteis, para que el culpable condenado como tal halle á lo menos una imágen dulce y consoladora en la que pueda descanzar su pobre corazon.

O desgraciado, á quien la justicia de los hombres condena, no temas arrojarte en los brazos de la de Dios; porque la justicia de Dios, es Cristo que te ha rescatado; y la señal de su justicia es la cruz donde ha muerto por tí.

Levanta con confianza tus ojos y tu corazon hácia la imágen

de aquel que te ha salvado; porque jamás la mirada del pecador se encuentra con la de Jesus, sin ser humedecida con las lágrimas del arrepentimiento; y jamás el alma del culpable encuentra la de Cristo sin ser refrigerada por la súplica, y serenada con la esperanza.

La sociedad de los hombres te arroja de su seno, la de los ángeles no se desdeñará admitirte en su rango. Tu patria no te reconoce por uno de sus ciudadanos, la iglesia te cuenta siempre entre sus hijos.

La patria, el estado, la familia, todos los derechos, todos los deberes, nada ecsiste para tí; pero en lugar de todas estas cosas la religion va á formarte un nuevo mundo y una nueva familia.

Los nombres mas amados y mas sagrados: aquellos nombres que el niño pronuncia los primeros, como que son los mas dulces y fáciles para los lábios del hombre, van á faltar para tí; porque tu padre no querrá mas llamarse tu padre, tu madre te rehusa sus besos, tu hermano no quiere abrirte mas sus brazos, y tus amigos no quieren estender hácia tí aquella mano que tu en otro tiempo tomabas con ternura y con amor.

Mas Dios, desde lo alto del cielo, te grita: yo soy tu padre; la iglesia te estiende sus brazos, y te dice: ven, hijo mio; Cristo te llama con el dulce nombre de hermano; y el sacerdote, ministro de sus misericordias, es el único amigo de tu dolor y de tus desgracias.

El que te juzga en nombre de los hombres te dice: yo te condeno; y el que te juzga en nombre de Cristo te dice: yo te absuelvo; y á su palabra, los ángeles se inclinan hácia tí para sonreirse de tus lágrimas, y alegrarse de tu penitencia.

¡O Dios mio! ¡que cosas tan grandes ve el culpable desde lo alto de vuestra cruz! el pecador condenado por los hombres y caminando al suplicio, es la cosa mas santa para aquel que comprende la redencion de vuestro hijo y los méritos de su sangre.

¡O vosotros, los que os apresurais por ver al condenado subir al cadalzo!, ¿qué habeis venido á ver aquí? ¿Un culpable? No ciertamente; porque Dios le ha absuelto, y dentro de pocos instantes no deberá nada ni á su justicia, ni á la de los hombres.

¿Qué habeis venido á ver aquí? ¿Un criminal endurecido? Mas el pecador impenitente no tiene lágrimas en sus ojos, oraciones en sus lábios, y arrepentimiento en su corazon: estas cosas no se hallan en el camino que conduce al suplicio, sino en el camino que conduce á los placeres, á las dignidades, á la fortuna, y á la dicha.

¿Qué pues habeis venido á ver aquí? ¿Un hombre igual á

vosotros? Sí, yo os lo digo, y aun superior á vosotros: porque si el ha faltado como vosotros, el tiene mas que vosotros la humildad que ensalza el alma á los ojos de Dios, el dolor que quebranta la culpa quebrantando el corazon, la caridad que la borra, y la pena que satisface por ella.

El que nada debe á la justicia de Dios y de los hombres, podria tal vez acusarle y condenarle; pero de ningun modo el que ha conocido y conoce los remordimientos de su conciencia.

Condenar al que Dios ha justificado, es ultrajar su misericordia y su amor; es disputar á Cristo su redencion, á su muerte y á su cruz su poder y su victoria, y á los méritos de su sangre su valor infinito.

¿No sabeis vosotros que Dios ama con amor de preferencia al culpable, porque su poder y su misericordia encuentran mas que hacer en el, y porque puede desplegar en su alma sus riquezas, y hacer ostentacion de las maravillas infinitas de su amor?

¡Desgraciado el hombre que ultraja á aquel cuyos pies tiemblan en las escaleras del cadalzo! porque el tal ultraja la pasion de Cristo, y blasfema de su divino sacrificio.

El delito por el cual este hombre ha sido condenado, Jesucristo lo ha tomado á su cargo; Jesucristo lo ha espiado en su cruz; Jesucristo lo ha borrado con su sangre: el sacerdote lo ha perdonado; Dios lo ha olvidado. Silencio pues, ¡ó hombres! no juzgueis de los juicios de Dios; porque la maldicion del hombre no debe pasar por donde han pasado los perdones y las misericordias de Cristo.

Y vosotros los que calumniais al sacerdote, venid á contemplarle cerca del culpable á quien acompaña al suplicio, y decid si la profesion de un hombre que impone tan austeros deberes y tan costosos sacrificios es la de un hombre ocioso y que se busca á sí mismo.

Vedle como cubre la cabeza del culpable con su blanca sobrepellid, símbolo de la pureza y de la inocencia; como recoge en sus manos como otros tantos tesoros las lágrimas de su arrepentimiento; como enjuga con su pecho el sudor frio que cae de su frente; como le oculta entre sus brazos á las miradas inquietas y curiosas de un populacho codicioso; vedle finalmente como pone su súplica y su caridad como una muralla entre él y las maldiciones del pueblo.

Vedle cebado en el pecador como en una presa, llenando su corazon de santos deseos y bellas esperanzas, despertando en su corazon pensamientos de consuelo y piadosas alegrias, y hacién-

dole olvidar, á fuerza de ternura, que es maldecido de los hombres y que su justicia se ha condenado.

El le ofrece su brazo y sube con él las escaleras del cadalzo, para que sus pies no vacilen tanto; antes que el puñal ó la cuchilla le hiera con el golpe mortal, le bendice con su último perdon y le besa por última vez; y cuando su alma separada del cuerpo vuela hácia el cielo, encuentra la súplica del sacerdote que va delante, y le abre las puertas de las regiones eternas.

XXXII.

A los notarios.

El notario sin probidad ni conciencia es un azote para la sociedad; la injusticia destila sin cesar de sus dedos, como la materia de una llaga que no se puede cerrar.

El asiste como testigo á todos aquellos crímenes ocultos que trastornan la sociedad hasta en sus profundos abismos; y su nombre está puesto como un sello de reprobacion en todos los actos que arruinan las familias ó que las deshonran.

La madre que quiere enriquecer sus hijos con detrimento de los de su marido; el padre que quiere engañar á su hijo; el marido que quiere engañar á su muger; el deudor que quiere escapar de sus acreedores por el fraude; el usurero que quiere dar unas apariencias honrosas á su infame tráfico; todos los que quieren dejar la senda recta y amplia de la equidad, saben el camino que conduce á su morada.

El notario y el sacerdote están colocados en las dos estremidades de la sociedad: el sacerdote es el confidente de los pecados comunes: el notario es el confidente de los pecados que uno quiere cometer. El primero hace descender en el corazon del culpable el arrepentimiento y el perdon; el segundo despierta ó anima los pensamientos malos, y hace que florezcan los remordimientos en la conciencia que el ha pervertido. El sacerdote oculta las faltas á los ojos de Dios, borrándolos; el notario las oculta á los ojos de los hombres, substrayéndolas de las miradas vigilantes de la ley. El primero hace temer las penas que no tendrán fin jamás; el segundo da los medios de escapar de las penas temporales de la justicia humana. El culpable sale del tribunal del sacerdote, absuelto y justificado; el culpable sale del estudio del notario mas culpable y mas aguerrido contra los remodimientos.

Yo entré en la casa de un notario que no tenia los sentimientos de la justicia en su corazon, y viendo aquellas montañas de papeles amontonados los unos sobre los otros, me estremecí con toda mi alma: porque yo me ví como rodeado de una atmósfera de iniquidad, y la injusticia se me presentaba por todas partes como un espectro: yo me decia á mí mismo: hé aquí la sima donde han venido á sumergirse el honor y la fortuna de tantas familias.

Todos aquellos papeles, clasificados y colocados con tanto órden, y que se suceden como los años á que corresponden, forman una espantosa tradiccion de iniquidades y de crímines de que cada hoja es un eslabon; y con ellos será fácil componer la historia de las perversidades del corazon humano.

Aquí es donde ha venido á sentarse aquella muger á quien un segundo matrimonio ha hecho madre de nuevos hijos. Cediendo, por pasion ó por debilidad, á las instancias de un marido importuno, le ha hecho injustamente partícipe de una parte de la fortuna que su primer marido le habia legado: aquel bien que él habia ganado con sus sudores y su trabajo, y que habia dejado á la madre de sus hijos como una prenda de su amor y como un depósito que ella debia guardarles con fidelidad, ha pasado á manos estrañas, y pagado puede ser el lujo ó los placeres del hombre que le ha reemplazado en el corazon y en el amor de su muger.

Y el notario se ha asociado á la injusticia de esta madre culpable; ha prestado á su iniquidad los ausilios de su arte y de su ciencia, á fin de que el brazo vengador de la ley no pueda alcanzarla: el ha asegurado los temores de su conciencia, y ha puesto sus consejos sobre las dudas de esta muger como se pone el bálsamo sobre una llaga.

Mas él no ha podido ahogar los remordimientos en el corazon de la madre; la sola vista de sus hijos á quienes ha engañado, será siempre un suplicio para su alma; sus besos arrebatarán las angustias de su alma; ella creerá que no le aman, porque sabe muy bien que no es digna de su amor; el sueño huirá de sus ojos, y la alegria abandonará su alma como se abandona una casa que amenaza ruina; y las sonrisas huirán de sus lábios como la golondrina huye de nuestro pais al acercarse el invierno.

¡Qué tormentos tan espantosos están reservados para los padres que engañan á sus hijos! Sus recuerdos son sin encantos, sus previsiones sin esperanza, su vida sin dulzura, y su muerte sin consuelo: desde el lecho del dolor ven colocarse los remordimientos, como un fantasma sobre los límites del tiempo y de la eternidad, preparados á arrojarse sobre su alma como sobre

una presa, á fin de llevarla á aquella region de lágrimas donde jamás ha florecido ni florecerá la esperanza.

Aquí es donde el hombre codicioso, que ambiciona una rica sucesion, ha venido á pedir la supresion de un testamento que frustraba sus esperanzas; y el notario, seducido por el incentivo del oro, ha prestado su ministerio y su mano á tan abominable perfidia, y engañado la confianza de aquel que le habia buscado como depositario de su última voluntad.

Cuando los notarios no tienen mas regla que el interes, se llena el mundo de iniquidades; la sociedad se arruina por las injusticias; la corrupcion penetra en el santuario de las familias; abismos anchurosos y profundos dividen al marido y la muger; los padres no conocen á sus hijos, y los hijos no conocen á sus padres; los hermanos se olvidan que todos ellos han salido de un mismo tronco; procesos escandalosos llevan á los pies de los tribunales á aquellos que no debian respirar sino amor y paz; y la sed del oro altera y devora todas las almas. La ley viene á ser impotente; el espíritu público se postra; la autoridad pierde su vigor; la religion misma no es un freno contra la codicia; y una prócsima disolucion amenaza al estado.

Si por el contrario los notarios toman por regla la justicia y el amor del bien, preservan á la sociedad de aquellos crímenes que la minan sordamente: los notarios son como los ángeles de una familia, los guardas de todos los derechos, los depositarios de todos los secretos, los confidentes de los pensamientos mas íntimos y de las voluntades mas santas, los amigos y los consejeros de los que mueren y de los que sobreviven, los mediadores entre aquellos que dan y los que reciben, y los testigos discretos de aquellos acontecimientos que el mundo no percibe.

Ellos arrojan su deber en presencia de la injusticia, como una barrera invencible, y la obligan á mudar de camino. Ellos oponen su conciencia como un dique á las olas de la codicia y de todas las malas pasiones que salen del corazon humano, despues que da entrada al amor del oro. Ellos previenen la injusticia antes de cometerse, y reparan la que ya está consumada. Ellos reparan con sus buenos consejos y con su influencia pacificadora las uniones que la discordia ha rompido, y las amistades desechas por el vil interes. Ellos conservan la vergüenza y el oprobio de una muger que iba á abandonar su marido por entregarse á unos amores adúlteros. Ellos preservan de los remordimientos á la madre que iba á engañar á sus hijos, y á llenar de indignacion en la tumba á aquel que tuvo las primicias de su corazon.

Su ministerio es un ministerio de paz y de reconciliacion; su vida es una vida de sacrificio y de caridad; sus funciones son como un sacerdocio, tanto tienen de augustas y de santas; su gabinete es como el tribunal del sacerdote: los hombres van á confesarles sus intereses y los de sus familias, como van á confesar al sacerdote sus debilidades y á entretenerse con el de sus eternos intereses.

Ellos pasan el tiempo haciendo y obrando el bien: las bendiciones y el amor de sus conciudadanos les acompañan durante su vida, y les siguen despues de su muerte; y su alma, á la salida de este mundo, encuentra en su camino las misericordias del Señor y las sonrisas de los ángeles.

XXXIII.

A los ministros de los príncipes.

Los malos consejos de los ministros seducen y corrompen el corazon de los príncipes, y su ambicion empobrece y arruina los pueblos.

Dios solo puede contar las estrellas que brillan en el firmamento; Dios solo igualmente puede numerar los pecados y los crímenes que se cometen en el gabinete de un ministro sin fé y sin conciencia.

La violencia habita bajo el techo del salteador y del asesino; la perfidia se reune en casa del ladron; el vicio establece su morada en el retrete de la muger impura que entrega su cuerpo por el dinero; los remordimientos y la desesperacion están fijos á la mesa de juego donde se juegan la dicha y porvenir de las familias; y el crímen está fijo á la mesa del ministro que ama el oro

Todos los pecados que manchan y humillan el corazon se han dado cita en el gabinete donde el ministro tiene sus consejos; no hay un sitio en el mundo que esté mas inmediato del infierno.

Allí es donde todo se pesa y se valúa con el oro; el talento se compra, la conciencia se vende, el sacrificio y el ánimo se ponen en venta y se ajustan, como casas que se pueden pagar con dinero.

Allí está la esacta tarifa de las conciencias, con todas las modificaciones de alta y baja que esperimentan; y el precio del hombre disminuye todos los dias, porque todos los dias se aumenta el número de aquellos que se venden.

Allí es donde Judas continúa vendiendo á Cristo por treinta

dineros; y despues de haberle vendido, le entrega por la señal de un beso, para entregarle mas seguramente.

Allí es donde se refugia la simonía arrojada y hechada de la iglesia, y donde se compra por dinero el derecho de oprimir al pueblo y de vivir de sus sudores.

Allí se emplean aquellas ventas escandalosas, que bajo el nombre de tratados, entregan á los estrangeros un suelo donde por tanto tiempo habitó la gloria de una nacion, y venden á un enemigo, como si fuese un vil ganado, pueblos enteros con sus esperanzas, su lengua, su historia, y su fé.

Y los pueblos siguen bajo el yugo detestable de una nacion, á quien jamás conocieron sino por el mal que les habia hecho; semejantes á aquellos rebaños que van tristemente á campos desconocidos, y cuyos lentos y tardíos pasos aviva el látigo y el aguijon de un nuevo dueño.

Y el dueño, á quien tales pueblos son entregados, sabe que no debe esperar de ellos ni amor ni reconocimiento, y dice en su corazon: yo les aborreceré como me aborrecen, y la fuerza acabará lo que ha comenzado la fuerza.

Los ódios del infierno entran en su alma, el orgullo de Satanás devora su inteligencia; y el ódio invoca al ódio, el orgullo llama á la fuerza, allí no hay otro lazo ni otro vínculo que la fuerza.

El pone su conciencia en la punta de sus bayonetas, porque su fé se sujeta; y pone en su boca el freno odioso de una lengua estrangera, que les hace arrojar espuma de rabia.

Para ellos es un crímen acordarse de sus glorias pasadas, y no pueden ni aun acordarse que en otro tiempo tuvieron un nombre.

Y el culpable ministro que les ha vendido duerme en paz bajo sus cortinas de terciopelo; ningun cuidado turba la alegria de sus sonrisas.

Los hombres que están cerca de él le honran, los que están lejos le envidian; pero el que ha redimido al mundo con su sangre le tiene guardado un juicio terrible.

El ministro corrompido sirve de mediador entre los vicios del príncipe y las debilidades del pueblo; él lisongea el orgullo del primero, y anima al segundo en sus humillaciones; él igualmente pierde á los dos: el es el que hace descender la corrupcion desde la mayor altura de la sociedad hasta las condiciones mas humildes.

Su mano comunica á quien la toca, la corrupcion de su alma; su sonrisa deshace el ánimo de los corazones mas firmes, y su palabra humilla los pensamientos mas altos; pocos hombres se apartan de él independientes y animosos.

El no conoce los hombres sino por sus pasiones y sus debilidades; el toma la naturaleza humana segun que está inficionada por el pecado, y jamás dirige sus miradas hácia la cruz del calvario: el cree al pecado, espera en el; pero no cree la rendencion de los hombres.

Sus mensageros inmóviles, que deberian llevar á los pueblos el pensamiento de los pueblos, y hablar á las naciones un lenguage que todos comprendiesen, hablan una lengua oscura y geroglífica cuya llave tiene solo el ministro.

El forma cortesanos y lisongeros que anuncian con grandeza la llegada del príncipe á una ciudad, y que se ha dignado sonreirse con sus habitantes.

Semejante á aquel sucio insecto que tege sus telas engañosas en los ángulos de un aposento, el tiende á los hombres el hilo de sus intrígas y de sus perversas maniobras.

Como la araña, el espion que paga de su oro acecha los mas íntimos desahogos de una familia; el pensamiento del esposo no puede volar desde su boca al corazon de la esposa, sin quedar enredado en sus hilos.

¡Desgraciados los que piensan! ¡desgraciados los que aman! ¡desgraciados los que temen! ¡desgraciados los que esperan! porque la mirada horrible del espion les está celando.

¡Desgraciados los que hablan, porque el espion oirá su voz! ¡desgraciados los que callan, porque el espion interpretará mal su silencio! ¡Desgraciados los que suspiran, porque el espion tendrá su oido apoyado sobre su corazon!

El padre habla bajo delante de su hijo; la madre no se fia de la simplicidad de su hija; el amigo no entrega su corazon á su amigo; el esposo rehusa los abrazos de su esposa; este es el fruto del espionage que todo lo ha corrompido.

El espion es el sócio del ministro sin conciencia, el amigo de sus pensamientos, el confidente de sus mas ocultos proyectos.

El ministro corrompido corrompe los mandatarios del pueblo, y compra su conciencia y su mandato por el oro y los favores.

Emponzoña su conciencia con festines suntuosos, y dá el color que quiere y le agrada á la bola que deben echar en la urna.

El pone una mordaza de oro en la boca elocuente y animosa del orador á quien teme; y ata á su mano con cintas que lisongean la vanidad, los pensamientos y la pluma del escritor de quien teme la independencia.

El vende á las poblaciones los edificios que reclaman; á los pueblos los caminos que piden, y los puentes que quieren hechar sobre sus rios; el tiene siempre la mano estendida para dar á

aquellos que le sirven; y para recibir de aquellos á quienes el mismo sirve.

El ministro fiel, por el contrario, teme á Dios, ama á los hombres, y se olvida de sí mismo; bajo su administracion se aumentan igualmente las virtudes y la prosperidad de los pueblos.

El es el mediador entre el rey y el pueblo, no busca el favor de uno ni de otro, el no es esclavo sino de su deber.

Cuando se borra ó disminuye la independencia del carácter en un pueblo, cuando el interes personal gobierna todas las acciones de la vida, es una señal infalible de que malos ministros están á la cabeza de los negocios, y que el oro y el espionage son los grandes resortes de su gobierno.

Un espíritu público bien compacto y bien pronunciado, una adhesion igual á sus derechos y á sus deberes, y un santo amor para todas las funciones de la vida social, son las señales de una buena administracion.

XXXIV.

A los embajadores.

Pueblos, abrid los ojos para no ser engañados, y estad atentos á los pasos y movimientos de los embajadores; porque las naciones estrangeras no os conocen frecuentemente sino por ellos.

La diplomácia, que debería ser la conversacion y el entretenimiento de los pueblos entre sí, ha venido á ser el espionage de las córtes; y entre los diplomáticos aquel es mas hábil, que sabe corromper mas diestramente, y mejor mentír.

¿Qué haceis, enviados de los reyes y de los pueblos, en el puesto eminente en que Dios os ha colocado? ¿Qué son en vuestras manos las altas funciones que se os han confiado?

¿Teneis vuestros dedos apoyados en el pulso de los pueblos, á fin de conocer y saber que es lo que les agita, les retarda ó les acelera? ¿Vais á mezclar vuestras súplicas con su fé en los templos donde se reune?

Espiais la inteligencia del sábio, el corazon del poeta, y el alma del artista, y os iniciais en los misterios profundos y solemnes del pensamiento humano? Seguis con atencion el movimiento de la industria, para hacer á vuestro pais rico en luces y esperiencias de los paises estrangeros?

Ligados por medio de unos vínculos invisibles á una voluntad que os impele y os mueve á su gusto, vosotros hablais, y otros

piensan y quieren por vosotros. Os agitais, pero no obrais; porque el principio de vuestras acciones no está dentro de vosotros.

Los embajadores corrompidos y malos han hecho pacto con la mentira. Ellos conocen el arte de ocultar una lágrima bajo una sonrisa, y echar una máscara de tristeza sobre las alegrias del alma.

Su mirada acostumbrada al espionage sabe maravillosamente entrar hasta lo mas íntimo de las almas, aparentando estar descuidado y desocupado.

Sus lábios egercitados en el doblez se acomodan dócilmente á las vueltas y revueltas de su espíritu; y su pensamiento puede nadar invisible mucho tiempo bajo las aguas de un rio de palabras, como los mas diestros buzos.

Ellos conocen la ingenuidad de la mentira, y saben dar á la astucia la mas profunda, un aire de candor y de simplicidad.

En las tertulias brillantes, teatro de sus comisiones, la verdad es tenida por nada; la conciencia está sin freno, el corazon sin regla, y la palabra humana no es mas que un juego donde aquel que miente mas, está seguro salir victorioso.

Allí la mentira responde á la mentira, la sutileza llama á la astucia, la artería lucha contra la perfidia, los términos del lenguage humano no tienen sentido alguno, y el hombre no cree ni aquello que oye, ni aun aquello que el mismo dice.

El espionage de los retretes les está confiado; y se les busca pobres de sentimientos y de pensamientos, pero ricos en vanidades y atractivos para atacar la virtud de las mugeres y poner lazos á sus sonrisas.

Si es necesario descubrir el pensamiento, largo tiempo espiado y no comprendido, de un ministro demasiadamente profundo y disimulado, ellos seducirán á la muger que ama para ver si encuentran en sus lábios ó en su corazon algun vestigio del secreto que buscan.

El amo que les paga, les contará como otros tantos trofeos, los corazones que hubieren mancillado; del mismo modo que los gefes de armas entre los bárbaros pagan á sus soldados las cabezas de enemigos que cortan; y aquel que hubiere rendido la virtud de mas mugeres estará seguro de un rápido adelantamiento.

Tales son, ¡ó Dios mio! los hombres á quien están confiados los mas amados intereses de vuestros pueblos, y que debian hacer la paz y la armonía de vuestra familia uniendo todas las naciones en un mismo interes, como vuestra iglesia los une en una misma fé.

No es así el embajador cuyo corazon es recto, cuyas inten-